

DISCURSO INAUGURAL DEL CONGRESO DE HISTORIADORES 16-19 FEBRERO 1994

Señores:

Cabe la seguridad de que este Congreso de Historiadores tendrá como hilo conductor la huella imperecedera de que la magna efemérides del 150 aniversario de la Independencia Nacional fue conmemorada con algo más sublime y espiritual que la gélida imagen de la piedra o del bronce, y aun más, que la fugacidad ruidosa de las salvas. Y de que en cambio ha brindado la ocasión para que sea el intelecto sumido en la profundidad del análisis levante sus voces y diga a toda la República cómo ha sido el devenir de un siglo y medio de independencia política.

Por eso desde mañana comenzaremos a examinar cuanto ha ocurrido en las quince décadas que se iniciaron en 1844 y podamos advertir cómo ha crecido nuestra sociedad demográficamente, espiritualmente y económicamente. En 1844 nuestro país tenía menos de 150 mil habitantes, para ahora sobrepasar los siete y medio millones. Nuestras ciudades, ayer verdaderos villorios, hoy se han convertido muchas de ellas, en metrópolis hasta millonarias y con gran opulencia urbana, pero no han podido con su fisonomía hermosa cubrir y proteger las grandes masas que se agolpan dentro de ellas para llorar sus penas y lamentar sus calamidades.

Ya no somos un país con un predominio de la zona



rural sino todo lo contrario, un país que quiere vivir en el contexto urbano pues se considera que el trabajo es más fácil buscarlo en las fábricas o en la construcción que en el conuco o en el cercado. Cuando comenzamos a contar teníamos hatos ganaderos en el Este, cortes de maderas en el Sur y siembras de tabaco en el Norte. Después agregamos café y cacao y más tarde, el azúcar. En azúcar que se convirtió en la reina de la economía, y que en estos años, casi destronada ha tenido que competir y con desventaja frente al turismo y las zonas francas. Pobre agroindustria que se enflaquece porque los técnicos y las decisiones gubernamentales consideran que es preferible las ventajas de los servicios antes que tener que competir en los mercados internacionales dentro de un desafío constante de precios y de intereses poderosos.

Ahora estamos obligados a aplicar con todos sus fueros la idea original de Duarte y los Trinitarios: vivir en democracia dentro de un marco de libertades civiles y derechos ciudadanos. Dentro de una República gobernada por la ley, por la separación de los poderes y por los cánones consagrados por la Constitución. Por eso se nos hace pesado el modelo dictatorial de Santana y de Báez o el tiránico de Heureaux y de Trujillo. Pero aun así todavía se nos ha hecho difícil dejar el paternalismo y el caudillismo.

También las clases pensantes no han logrado implantar la descentralización regional ni la desconcentración administrativa, como tampoco restablecer la honestidad pública de que se enorgullecían las generaciones del pasado en muchas áreas gubernamentales.

Las apatencias por el oro corruptor que decía



Espailat, son más reclamadas que la sed de justicia sana. Y el autoritarismo, para muchos conciudadanos es preferible a la participación política de la sociedad. Para ellos es hasta mejor la plutocracia, que un goce completo de un estado republicano donde el poder sea verdaderamente alternativo.

De todos modos las ponencias que vamos a conocer nos ofrecerán la experiencia de ciento cincuenta años transcurridos. Y desde luego esa lección debemos aprovecharla para buscar los nuevos derroteros que nos hacen falta, sin olvidar las instituciones que han perdurado y que nos sirven de base. Solamente así podemos lucir como dominicanos buenos y patriotas. Solamente así podemos alcanzar en todo su esplendor la dignidad que merece este querido terruño que ya nos vio nacer y que ojalá también nos vea morir; aunque repitiendo sin parar nuestro lema dorsal: Dios, Patria y Libertad.

Dr. Julio Genaro Campillo Pérez
Presidente del Comité Organizador del
Congreso de Historiadores

Santo Domingo R.D. 16 febrero 1994.

